



MECÁNICAS DANTESCAS

Sergio Cerrada Berrendero

MECÁNICAS DANTESCAS



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sergio Cerrada Berrendero

ISBN: 978-84-10253-82-7

ISBN digital: 978-84-10253-83-4

Depósito legal: M-14651-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Agradecimientos:

La vida es un compendio de situaciones locas que, con frecuencia, escapan a nuestro control. Y tenemos que convivir con ello, surfeando entre la incertidumbre.

Este libro es, para mí, la fantasía y sombra hecha materia. El trabajo de fin de grado de Demiurgo. Es la primera puerta que abro hacia todo aquello que, en potencia, puede llegar a ser.

Me gustaría agradecer, en primera instancia, a mi tía Maiika, siempre dulce y atenta. Por no dudar un instante en ayudarme cuando el apuro me llegaba al cuello. Por estar siempre ahí, y volcarse con tanto entusiasmo y sacrificio.

A Edgar, mi confidente y gran apoyo. En las buenas, en las malas, en los mejores momentos y en aquellos en los que miramos atónitos al cielo viendo cómo lentamente se nos cae encima. La primera vez que creí haber acabado la novela, pasó la noche en vela leyéndola para, por la mañana, hacerme un comentario completo y exhaustivo. Me quedé loco, sinceramente, tanto por la labor titánica que había hecho, como por lo orgulloso que me hizo sentir cuando dijo “Si de esto Netflix no te saca una serie, me corto los cojones”.

Por último, me gustaría agradecer con todo mi corazón a Lorena, la persona sin la cual esta obra no habría sido posible. Por estar ahí cada día durante todo este proceso, por compartir mi entusiasmo con cada nuevo párrafo, por darme un espacio donde desarrollar mis locuras y por haber podido vivir esta experiencia con alguien como tú. Aunque nuestros caminos se hayan separado, espero que la vida esté a tu altura.

A vosotros, familia y amigos... Esto es vuestro.

ÍNDICE

Primera parte: Paralelos.....	11
Otra oportunidad.....	13
A la luz del solecito.....	15
Sacrificio.....	33
Detective de moscas.....	43
Dramas.....	51
Cuenta perdida.....	65
Mambo.....	71
La caza.....	83
Mambo pt. 2.....	93
Confesiones somnolientas.....	99
Mambo pt. 3.....	103
Segunda parte: Tangentes.....	115
Distancia.....	117
Caramelito.....	121
Claudia.....	137
Calle 8.....	147
Horizonte de sucesos.....	161
Sombras.....	167
Estrellas fugaces.....	171
Retirada.....	183
Silencio por favor.....	187

Tercera parte: Colindantes	195
Limonos	197
Saturados	201
Últimas voluntades.....	211
Delirios	223
Decadencia	257
Cuarta parte: Enfrentados	275
Preliminares.....	277
La Reu	287
Conciencia	299
Áureos.....	311
Realidades	335
Ghosting.....	353
Temporales.....	361
Nota final.....	389

PRIMERA PARTE:

PARALELOS

Otra oportunidad

No hacía mucho que la lluvia había incidido sobre aquellos enormes ventanales, dejando a su paso numerosas franjas de polvo seco una vez evaporada el agua. Las vistas eran tan maravillosas como de costumbre, la mirada se perdía en el horizonte y Luna lo observaba de pie con la frente apoyada en el cristal, cabizbaja y cansada.

Estas franjas de polvo eran alargadas, como finas líneas trazadas por el viento del exterior y la velocidad de cada gota, que al recorrer el cristal dejaba a su paso un pequeño hilo de humedad. Daban la sensación de ser cortinas de agua, lejanas y suaves, descendientes de las nubes, en vez de sucio polvo pegado al cristal.

Luna estaba cansada, tantísimos años dedicada a un objetivo tan necesario como noble estaban machacando su paciencia y su entusiasmo, otra vez.

Con la mirada perdida entre las falsas cortinas se preguntaba cuántas veces a lo largo de su vida habría estado ahí, mirando a través de esa misma ventana, una y otra vez con ese mismo hilo de pensamientos; perdida y frustrada. Y era esa misma frustración, al no tener respuesta, la que le despertaba el impulso y la necesidad de seguir trabajando en ello.

Finalmente, la puerta se abrió a sus espaldas, y tras ella apareció un hombre, alto y delgado, con un rostro afable y divertido.

—Jefa, ya está todo listo —dijo aquella persona sin pasar de la puerta—. En cuanto des el visto bueno Marla activará las últimas secuencias que le pasé.

Luna se tomó su tiempo para reordenar sus ideas. Elevó los hombros y estiró el cuello y la espalda hasta que estos crujieron, se ajustó el uniforme y dio media vuelta.

—Buen trabajo. Seguro que esta es la buena —contestó Luna con fingido entusiasmo.

—Como las últimas cuatrocientas veces, jefa —asintió él con una sonrisa.

—La siguiente siempre va a ser la buena.

A la luz del solecito

—¿Acaso no es cierto, compañero mío, que la amistad que armonizamos, que vivimos y compartimos, no nació sino de una sed insaciable, de un deseo perpetuo de evasión, de un sentimiento de pillaje que identificamos mutuamente en nuestras miradas, hace ya tanto tiempo que ni recordamos?

Jorge levantó de nuevo su jarra en señal de brindis como si le pagaran por ello, como si intentara saciar la sed de toda una vida, como si el zumo de cebada fuera la respuesta a preguntas que uno no se atrevía a formular.

—Juraría que has formulado mal la pregunta, Jorge, pero como eres tú, haremos como si nada —contestó Fergo riéndose—. Han pasado unos cuantos años desde que ojalá no te hubiera conocido —levantó su jarra gemela y le acompañó en su improvisado brindis.

Tras saciar su sed, ambos se quedaron contemplando el entorno, sin pronunciarse al respecto. Fergo se encendió su último cigarro bajo la atenta mirada de Jorge.

—No tardarán mucho en venir estos, ¿pedimos otra o qué? —preguntó Fergo con vanas esperanzas.

El ruido regaba las calles, y el sol secaba la escena. Todo concurría como se supone que debería concurrir. Personas caminaban por aquella vía peatonal, porque volar no podían.

Las terrazas de bar, que proliferaban gracias al calor, estaban llenas de jóvenes entusiastas con la vida y otros no tan jóvenes ni tan entusiastas. Las palabras se escapaban de conversaciones

ajenas, la música pop de los locales y los coches se escuchaban acelerar cuales pavos reales enseñando sus plumas en la lejanía.

No hacía mucho que el olor a verano era latente y se hacía presente en los ojos de la gente, en los comentarios, en los rostros resplandecientes... La llegada del verano era como una segunda oportunidad para los corazones fríos y apagados.

Un diminuto pájaro paró su vuelo en mitad de la calle, y dando pequeños saltitos se aproximó a lo que parecía ser los restos húmedos y mohosos de lo que en algún momento fue un bocadillo de calamares. Tan valiente como inconsciente ignoraba a las personas que caminaban a su alrededor, aunque a favor de nuestro diminuto héroe, los viandantes lo rodeaban como las corrientes de agua rodeaban las rocas. Tras un instintivo balbuceo, nuestro querido amigo, sujetó fuertemente el pedazo de pan con su pico, fijó su mirada en los ojos de Jorge y emprendió el vuelo.

«¿Me ha mirado el pájaro?», pensó Jorge sintiéndose estúpido.

Jorge siempre se sentaba de tal forma que pudiera ver a las personas pasar por la calle, se sentía cómodo percibiendo que el mundo seguía con vida. Puede que le hiciera gracia, o tal vez le calmara la ansiedad. Por un momento todo le parecía perfecto, todo encajaba en su cabeza. La nube mental con sabor agrio que poco a poco se abría espacio le facilitaba el hueco suficiente para ordenar sus ideas, a un coste innecesariamente alto.

Por un momento todo estaba donde debía estar, se sentía en paz consigo mismo al tornar sus ojos hacia el interior y sentir que ya estaba, esto era, al fin. «Tropecientos mil años de evolución en la búsqueda de algo que constantemente se nos escapa de las manos, alcanzar un objetivo para después marcarnos otro objetivo. ¿No es la autorrealización nada más que una forma de justificar nuestra existencia? Porque sin una justificación de la misma no nos quedaría más que la dura realidad...».

—¿Otra o qué? —Insistió Fergo al sentirse completamente ignorado.

—Perdona, tío, me he empanado que flipas. ¡Ja, ja, ja! —dijo Jorge encogiéndose de hombros, a lo que Fergo asintió como si fuera demasiado evidente—. Yo no puedo beber mucho más que luego tengo que conducir y ya sabes que soy una persona madura y responsable —continuó Jorge convincente, en un tono que no engañaba a nadie—. Pero venga, una última me puedo tomar.

Fergo levantó la mano como haciendo ademán de existencia a la que vio pasar a la camarera. Una señora mayor, con rizos blancos hasta los hombros bajo los que escondía un cordón de colorines que gritaba apoyar al colectivo LGTBI. Este salvaguardaba unas gafas modernas con la montura superior rosa y forma ovalada similar a los que portaban las típicas marujas de los 80.

La camarera se acercó.

—Decidme, chicos —enunció con una gran sonrisa.

—¿Nos pones, porfa, otras dos jarras? —dijo Fergo mientras juntaba las jarras vacías.

—Claro que sí, no sea que mis jóvenes guapetones se deshidraten con tanto calor —la camarera le miró encantada.

—Si lo dices con tanto ímpetu, nos puedes poner cuatro —añadió Jorge con graciosas intenciones.

Y la gracia funcionó, pues tanto la camarera como Fergo esbozaron una sonrisa pillina.

—Eso está hecho —asintió con la cabeza y se dio media vuelta marchando al interior del bar, a pasitos cortos pero firmes.

—Verás cómo ahora, por tonto, nos pone las cuatro —exclamó Fergo risueño, fingiendo malamente una mueca de desaprobación.

Ambos se miraron mientras reían, haciendo entrever que, tal vez, la primera jarra les había afectado algo más de lo que pensaban. Poco a poco la risotada se fue apagando, como se apaga la última nota de un piano tras una canción bien tocada, tornándose la situación poco a poco vacía, expectante, quizás algo incómodo. Hasta que ambos se quedaron mirando el uno al otro, pensativos, latentes.

—Hace bastante que no me pones al día, ¿Cómo va la cosa con Claudia? —preguntó Fergo con curiosidad, con un tono cer-

cano y serio—. ¿Va a volver a aparecer por aquí o ya la has asustado?

Jorge se cruzó de piernas y le miró un instante.

—Lo cierto es que no estoy seguro —hizo una pequeña pausa para reordenar sus ideas—, tengo sentimientos encontrados. Es una tía increíble, tenemos muchísimo *feeling*, y sobre todo le gustan mis tonterías hasta el punto de seguirme el rollo.

En ese momento Fergo asintió como si hubiera escuchado una heroicidad y volvió a revisar su paquete de tabaco vacío.

—Pero... —continuó Jorge—. No sé. Mi cabeza me castiga haga lo que haga.

—Tú, ahora mismo, ¿estás bien? ¿Te sientes cómodo estando solo?

—No sabría decirte, en gran parte sí —contestó Jorge con dudas.

¿Como podría él, simple humano atado al tiempo, expresar solemnemente las emociones que en sí mismo aún le costaba reconocer?

—Por lo que veo, ni Claudia ni tú tenéis ninguna prisa, ni falta que hace —Fergo era una persona bastante elocuente y como tal se expresaba—. Yo que tú intentaría dar los pasos con toda la calma y conciencia posible, haciendo lo que los puritanos llaman introspección. Te paras y te dices —continuó gestualizando con sus manos como si estas hablaran solas—: ¿Qué es esto que siento? ¿Estoy a gusto? ¿Noto un ruido que no identifico dentro de mí? Y esto al final es muy sencillo, si tienes dudas, date más tiempo y ya está. Si de verdad te gusta Claudia y no ha salido corriendo tras conocer a ese bicho inquieto, paranoico —acuñó con cierto retintín— y divagativo que tienes por cerebro, solo tienes que darte el espacio necesario para hacer las cosas bien.

El sabio consejo de Fergo resonó en la mente de Jorge. «¿Estoy bien? ¿Estoy haciendo lo que realmente quiero, o solo me dejo llevar por la sucesión de acontecimientos?».

Qué difícil era, a menudo, contestar a tal pregunta. Mientras miraba el fondo de su ondulada jarra, Jorge se planteaba si realmente

había sido libre de elegir, o si la corriente de la vida le había arrasado hasta ese momento. Y si así fuera, si realmente estaba satisfecho. Satisfecho le habría gustado estar, desde un punto de vista totalmente objetivo, con la cerveza. Pues la confluencia térmica no deja de ser un mecanismo físico maravilloso que había templado aquel líquido amarillento, y se bebía más por la consecución de acontecimientos que por satisfacer al paladar. Libertad de nuevo arrebatada en pos de una confluencia conductista.

—De todas formas —rompió Jorge su silencio dando un leve golpe con su jarra en la mesa—, mañana hemos quedado por la noche un rato, me va a presentar a una amiga que es como su hermana. Estoy hasta nervioso, así que imagino que eso significa que la cosa va bien —hablaba Jorge tranquilo, aún algo eclipsado por las palabras de su amigo—. Y a todo esto: ¿desde cuándo tienes más inteligencia emocional que un zapato hecho con piedras?

Jorge se echó a reír, sabía de sobra que Fergo no se lo tomaría a mal. Este casi escupe la cerveza del brote de risa.

—Ser tu amigo tiene la ventaja de poder aprender de tus errores —dijo Fergo disimulando la ofensa—. Casi debería estar agradecido de los problemas que me ahorras.

Ambos se rieron. Esos momentos en los que se vacilaban mutuamente eran tan imprescindibles como valiosos.

—Lo cierto es que a menudo dudo —continuó Jorge con el tema cuando vio un instante de silencio—, pero me dice unas cosas que no puedo con ella. Para bien, quiero decir.

Fergo escuchaba atentamente mientras volvía a mirar el paquete de tabaco vacío

—La semana pasada —continuó Jorge— me acompañó hasta casa y nos despedimos. Le dije si quería entrar, pero me dijo que no, que estaba muy cansada y que tenía que currar mañana —asentía mientras hablaba, como si recreara con su rostro cada recuerdo—. Todo guay, cada uno pa su nido y Vladimir: un túper de tortilla y a dormir. Cuando me quité las zapas, veo que me llega un wasap que pone: «Te voy a sacudir como mantel con migas» y suena la...

—Tomad, chicos, vuestras jarras —interrumpió la camarera, posando cada una de las jarras en el centro de la mesa y retirando las vacías manchadas de espuma en proceso de secado.

—Muchas gracias, pero... —antes de que Jorge pudiera acabar su frase, la camarera ya se había retirado. Jorge y Fergo se miraron, con cierta incredulidad. ¿De veras no era evidente que estaban bromeando? Tal vez la camarera estuviera de coña y enseguida saldría a retirar de nuevo las dos jarras sobrantes, pero no tenía pinta. Bueno, pintas si tenían, pero no daba la sensación de que volviera a retirarlas.

—Si es que eres tontísimo, no sé para qué dices na.

—Yo qué sé, tío —Contestó Jorge intentando restarle importancia—, pensaba que era evidente que era broma, quizás tenga algún TEA o asperger.

—El asperger es un tipo de TEA, melón —dijo Fergo como haciéndose el indignado—. No se te puede dejar hablar.

Tras mantener una intensa mirada, Fergo rio y le siguió Jorge. Ambos entendieron que ahora debían responsabilizarse de sus palabras, bueno, más bien de las de Jorge.

Afirmar que nos sentimos atraídos por aquello a lo que nos parecemos, aquello con lo que nos sentimos identificados, es equiparable a afirmar por qué Jorge y Fergo eran amigos. Relativamente jóvenes y con una edad relativamente similar, ambos eran amigos desde hace relativamente bastante tiempo.

Les movían similares inquietudes: salir, entretenerse con experiencias a veces poco vitales, probar cosas nuevas y excitantes, y viejas y conocidas, trabajar el tiempo justo para vivir y dejar vivir, disfrutar de una buena película y comentarla como si fueran verdaderos conocedores de lo que se estaba cocinando en la mente del director, argumentación que a veces acababa con un «se había fumado 14 porros»...

Ambos practicaban un sentido del humor bastante similar, un humor que yacía desde lo más claro, sencillo e infantil, hasta lo más oscuro, desgraciado y repulsivo.

Pero, a pesar de ser tan parecidos, Fergo y Jorge no podían ser más diferentes. Fergo, con su incipiente nariz y su rostro liso y afeitado cuando no le daba demasiada pereza hacerlo, no parecía que le importara mucho lo que los demás pudieran pensar de él. Es más, a menudo expresaba su desaprobación hacia las falsas y buenas impresiones que todo el mundo intentaba dar. Con una estatura media, pero de complexión atlética, a Fergo le encantaba practicar deporte, de cualquier tipo, pero principalmente aquellos en los que hubiera que trabajar en equipo.

Era bastante más castaño que Jorge, y con un pelo corto que recordaba al que su madre le obligaba a llevar de niño. Este se le aclaraba mucho durante el verano, pero no tanto como su piel; la piel de Fergo era bastante clara: entre el blanco vampiro y el blanco noruego se movía a lo largo del año, solo se sonrojaba su tez ante la evidente abundancia del etanol en sangre.

Jorge, por su parte, de pelo realmente moreno y de piel cremosa, parecía la versión veraniega de Fergo. Su barba arreglada y estratégicamente recortada a lo largo del mentón disimulaba una sutil papada bajo la misma.

A pesar de no llegar a los 30, ya se evidenciaba en Jorge un cúmulo importante y concentrado de canas por encima de la oreja derecha, como si de un típico rasgo de villano de película se tratara. Era un poco más alto que Fergo y poseía una complexión ancha favorecida por la genética. Y, aunque deporte como tal no le gustaba hacer salvo si le parecía divertido o si la ocasión lo requería, le gustaba cuidarse y verse bien.

Pese a todo, Fergo y Jorge tenían sus puntos en común y sus puntos encontrados. Fergo era bastante más reservado que Jorge, más serio y más formal hasta que en su camino se cruzaba el zumo de cebada y la mala influencia que Jorge ejercía sobre él.

En ese momento se nivelaban, gracias, en gran parte, a la inhibición de la vergüenza. Quizás por esa razón se llevaban tan bien, porque aparte de divertirse y de tener una confianza plena, una vez con las caretas fuera se volvían un equipo. Un equipo de villanos.

Por su parte, Jorge tenía una leve tendencia a quedar en evidencia, unas veces no entendía por qué, y otras sencillamente no lo compartía. En cualquiera de los casos, le daba completamente igual siempre que nadie resultara herido, cualidad que Fergo, en ciertas ocasiones, había envidiado bastante... Y en otras ocasiones no tanto.

No en pocas situaciones Fergo había tenido que dedicar tiempo, esfuerzo y paciencia en hacerle entender a Jorge por qué algo estaba mal, o por qué estaba socialmente mal visto. Pero por suerte para Jorge, tenía una risa asquerosamente contagiosa que le había librado de más de un disgusto.

—¡Hola, chicos! —irrumpió Miriam de la nada—. ¡Anda, Fergo! ¡Cuánto tiempo desde la última vez que te vi!

Risueña y sorprendida, Miriam se vio eclipsada al no esperarse que Fergo hubiera asistido. Sentía lo que se siente al ver a un amigo esquivo, movido por las sombras, que siempre está y cando llegas, ya se ha ido.

Previo trago, ambos se pusieron de pie para saludarse. Fergo le dio dos besos, el primero en la mejilla izquierda y el segundo en la derecha.

—Cuánto tiempo, Miriam —asintió Fergo algo menos sorprendido—. Espero que no me odies, he estado muy liado últimamente.

—¡Hola, Miriam! —dijo Jorge mientras le daba un abrazo—. Nos hemos adelantado y os hemos pedido un par de cervezas. Prometo que aún están frías.

—¿Dónde está Manu? ¿Hoy no te lo has traído? —añadió Fergo curioso al ver que no se acercaba nadie más.

—Se ha lesionado la muñeca, mi pobrecito, y ha preferido quedarse en casa —dijo Miriam y tomó asiento.

Fergo le puso una mueca algo payasa a Jorge. Las jarras llenas de cerveza quedaron posicionadas entre ellos y la mitad de sus rostros se teñían a través del filtro amarillento de estas.

Miriam se sentó presidiendo la mesa, con la mirada paralela al concurrir de la alameda, ya que tenía la costumbre de sentarse en los puntos más céntricos del lugar para poder enterarse de cualquier chismorreo que circulara a su alrededor. Casi sin darse cuenta, se enteraba de todo.

Tras acomodarse en su asiento, se despistó un instante mientras ataba su mochila a la silla. Cuando levantó la vista vio cómo Fergo y Jorge la observaban detenidamente. Tras un instante de silencio desenfadado, se dio cuenta de aquello que había pensado, pero se le olvidó decir:

—¡Ah! —dijo entre risas—. No, gracias. No me apetece cerveza, me voy a pedir un té.

Jorge y Fergo se miraron confusos, cautos, con cierta desconfianza.

Se encontraban ante una situación crítica con un tiempo limitado, pues el calor no perdonaba y la cerveza tampoco.

Sin que se dieran cuenta, la camarera los observaba desde la puerta del bar, riéndose por dentro.

De repente, de la boca de Fergo asomó una pícara y sonrojada mueca. Jorge podía entre ver sus intenciones

—¡Hidalgo, hijoputa el que deje algo! —gritó Fergo atrevido y desafiante, como si de un duelo se tratara.

Jorge lo miró, perplejo, sabía que no debería, sabía que sería una irresponsabilidad por su parte. En un abrir y cerrar de ojos se planteó las distintas posibilidades de las que disponía en el caso de verse incapacitado para maniobrar su coche de la forma más correcta, o más bien, más legal. Pensó si podría estirar el plan el tiempo suficiente como para serenarse, si disponía de alguien que le pudiese acercar a casa, si sería buena idea quedarse a dormir en casa de Fergo o incluso avisar a Claudia. Sabía que tenía que buscar una solución, y ya, porque aún no había aprendido a decir que no bajo ciertos estados de conciencia alterada. A malas, siempre podía uno pillarse un taxi.

Finalmente, sin solución hallada y de la forma más irresponsable posible, Jorge levantó su jarra con la fuerza que le brindaba el

sol, entrecruzó su codo con el de Fergo con la pericia de un equilibrista venido a más al sentirse observado, y sin derramar más que un chorretón de espuma blanca por el borde opuesto a su mano, los jóvenes apuraron sus jarras hasta evidenciar que ninguno de los dos sería un hijoputa.

Tras esta grosera encomienda, posaron sus jarras de un golpe y se miraron con un tono de satisfacción y camaradería en sus miradas, de calma y plenitud, de «igual no ha sido buena idea».

—Ya os vale —intervino Miriam negando con la cabeza, de tal forma que los dos jóvenes volvieran a la realidad.

—El dios de la probabilidad está de nuestra parte —contestó Fergo—, estos rituales son para honrarle.

—Bueno, y ¿qué estaba haciendo el señorito para joderse la muñeca? —preguntó Jorge con curiosidad una vez se había acomodado y cogido algo de aire.

—Las pajas sin calentar siempre han sido un factor de riesgo a tener en cuenta —interrumpió Fergo cuando Miriam se disponía a contestar, haciendo un sutil gesto con la muñeca.

—Completamente de acuerdo —asintió Jorge con una seriedad total—, yo para masturbarme primero tengo que salir a correr por lo menos 17 minutos, y que no falten unos buenos estiramientos de brazo izquierdo, lumbar y perineo, por lo que pueda pasar.

Fergo no pudo aguantar la risa que Miriam se esforzaba por disimular mientras se reclinaba en su silla.

—Pero mira que sois tontos, pasan los años y no cambiáis —dijo Miriam con un poco creíble tono de indignación.

Tras un instante Miriam se miró las manos algo perpleja bajo la mirada expectante de sus amigos, reordenando sus pensamientos.

—Según me contó —continuó Miriam—, cambiando el aceite al coche tenía la sujeción del capote un poco floja, se cayó de golpe cuando no se lo esperaba y del susto resbaló con unas gotas de aceite que había en el suelo.

Fergo y Jorge escuchaban atentos, aunque de vez en cuando se miraban un poco incrédulos.

—Al intentar levantarse volvió a resbalar hacia adelante apoyando las manos para no darse un cabezazo contra el suelo, clavándose en la mano un trozo de chapa.

Miriam mostro su muñeca, plagada de pulseras de plata y con el índice de la otra mano señaló de donde a donde se había rajado Manu, su novio.

—¿Ves? El dios de la probabilidad no estaba de su parte —acuñó Jorge—, y visto lo visto, tampoco me extraña.

—¿Qué te pongo, guapa? —intervino la camarera fugazmente con su juvenil sonrisa.

—¿Tenéis té rojo? —preguntó Miriam.

—Sí, claro, tenemos normal y de frutas del bosque, aunque con este calor yo no me la jugaría.

La camarera sonreía a Miriam, aunque esta no terminaba de entender que había querido decir con lo de jugársela con este calor.

—¡Ah! Qué bien, pues ¿me pones, por favor, un té de frutas del bosque, sin azúcar y con hielo? —contestó Miriam con un tono plácido, menguado y rítmico.

—Claro, guapa, ahora te lo traigo.

La camarera recogió las dos jarras vacías, se dio media vuelta y desapareció tras la barra que se vislumbraba dentro del local.

Tras una breve pausa para asimilar el relato de Miriam, Jorge miró la hora en su móvil y lo que vio no fue de su agrado.

—No sé, Rick, parece falso —dijo al poco Jorge.

—Falsísimo —contestó Fergo al instante—. El tendón del Homero, 100 %.

—¿Cómo que el tendón de Homero? —preguntó Miriam extrañada, aunque intuía que no debería haber preguntado.

—Tendón roto por pajero —contestó Jorge serio.

—Completamente de acuerdo —asintió Fergo con tono sereno y una mueca de orgullo—. Además, tu novio es demasiado pijo como para cambiar el aceite a su coche.

—Tu novio es demasiado pijo como para no delegar sus mierdas a seres inferiores —acuñó Jorge.

—Tu novio es demasiado pijo como para hacer algo mal.

—Si tu novio se hubiera caído al suelo habría demandado a la tierra, y estaríamos todos pasando hambre porque la tierra invertiría el 100 % de su producción en pagar por daños y perjuicios a tu novio.

La lucidez de Jorge a menudo era...

—Además, ¿desde cuándo se mueve en coche, se le han acabado los becarios?

—Inverosímil.

—Las pajas seguro.

—Bueno, espera, ¿los pijos se masturban?

—Esa es otra —Jorge miró a Miriam templando el rostro—. ¿Los pijos ya han descubierto que su burgués pito puede estirarse sin necesidad de haberse casado o de ser unos puteros?

Jorge y Fergo se echaron a reír salvajemente, su actuación había llegado a su fin.

Según se apagaban las risas y dejaban de mirarse al ombligo Fergo y Jorge, se evidenciaba que Miriam se había molestado. Bastante. Razones no le faltaban.

Miriam era plenamente consciente de que su novio no caía muy bien entre sus amigos, pero al fin y al cabo era su pareja, su elección, y debían respetarlo si realmente la querían como amiga.

En el pasado Jorge tuvo algún rifirrafe con Manu, y por eso Miriam intentaba no tenerlo en cuenta, aunque empezaba a ser irritante está soltura que tenían a la hora de divagar sobre él. «Es verdad que Manu es una persona complicada, tanto de puertas a fuera como de puertas a dentro. Tal vez de puertas a fuera un poco más, pero claro... Ellos solo conocen lo que han visto, que en realidad es más bien poco. Pero se han pasado. Y no poco precisamente».

—Mira, si os vais a poner en ese plan me voy. No sé para qué he venido —dijo Miriam completamente seria.

Intentaba cortar el cachondeo de una. Se sentía ofendida, no tenía por qué aguantar esto, y pensaba que marcharse a casa iba a ser la mejor opción antes de que fuera a más.

—No me hace ni puta gracia que os metáis así con mi novio — acaba de ir a más—. No os lo he dicho antes porque sé que no os lleváis muy bien e intento no darle importancia, pero esto no me parece ni medio normal —la rabia de Miriam empezaba a hacerse-le bola—. ¿Acaso me meto yo con vuestras malas elecciones? Que por cierto no son pocas. ¿O con vuestro alcohólico e irresponsable estilo de vida? Que ojalá nunca os pase nada, pero no parece que ese vaya a ser el desenlace.

La bola seguía rodando y haciéndose cada vez más grande, los ojos de Miriam más abiertos y la expresión cada vez más fuerte. Fergo y Jorge se habían quedado mudos, quietos, atragantados con su respiración.

—¿Os digo yo como o con quien tenéis que hacer vuestra vida? No, no os lo digo. Pues si de verdad me respetáis como amiga y persona, respetareis mi capacidad para tomar mis propias decisiones. Tal vez Manu se porte así con vosotros porque sabe que solo sois persona el 20 % del tiempo que estáis conscientes, que por cierto es el único tiempo que pienso dedicaros. Punto.

Miriam era incapaz de esconder un tic nervioso de la mano.

Se hizo el silencio alrededor durante un breve lapso de tiempo. Las personas que estaban cerca forzaban palabras con sus acompañantes para intentar aparentar que no tenían la oreja puesta.

El escenario se había vuelto sumamente incómodo.

A Miriam se le cayó alguna lágrima mientras hablaba, entre otras cosas porque no estaba segura de si se estaba excediendo. Se había desahogado por completo, había desenterrado emociones y las había vomitado con tal fuerza que se había desgarrado por dentro y estaba empezando a sollozar, pero no se sentía mejor.

Al contrario. Sentía el cuerpo latente, sentía frío en la nuca. Había despertado una especie de ansiedad, una especie de pitido agudo desde el interior del pecho. Igual sí se había pasado un poco, igual no estaba tan cabreada con ellos como sus palabras hacían ver.

Tal vez no lo decían con mala intención, ni siquiera sabían que le podía sentar tan mal. Tampoco les había dado tiempo para expli-

carse ni dejado mediar en su discurso. Igual Miriam estaba cabreada, pero más con ella misma que con ellos. Pero con ellos también, que se jodan, menudo par de gilipollas.

Jorge descubrió una expresión seria y apenada, los ojos caídos y tristes. Miró a Miriam, con la incomodidad y la mudez de la que se vio inundado ante esa violenta y bochornosa situación. Tras un breve instante de tiempo en el que intentó reunir fuerzas, finalmente se forzó a hablar.

—Mira... , Miriam, de verdad. No pensaba que...

—¡Soy una tetera! —empezó a gritar alguien desde otro bar en la acera de enfrente—. ¡Soy una teteraaaaa!

Se estaba dejando la garganta. Cada grito le dejaba sin aire.

—¡Juanjo! Bájate de la mesa ¡Juanjo! —gritaba otra persona—. ¡¿Qué cojones estás haciendo?! ¡Juanjo! ¡Juanjo!

Casi a la par empezó a gritar de forma violenta otra persona, una señora que acompañaba al señor que afirmaba ser una tetera.

—¡Soy una teteraaaaa! —seguía gritando Juanjo una y otra vez.

Cada vez gritaba más fuerte. Poco a poco se notaba como el grito le quebraba la garganta. Mientras, la señora, que por cercanía y similar longevidad suponían que era su mujer, se esforzaba por hacer que aquel hombre se bajara de la mesa de la terraza y parara en lo que fuese que estuviera haciendo.

—¡Soy una tetera!

—¡Juanjo! ¡¿Te has vuelto loco?! ¿Qué cojones estás haciendo? ¡Juanjo! ¡Juanjo! ¡Que me voy, Juanjo! ¡Para ahora mismo! ¡Juanjo, por Dios!

—¡Soy una tetera!

—¡Ya está bien, voy a llamar a la policía! ¡Juanjo!

Cual grupo de suricatos en alerta, Fergo, Jorge y Miriam, junto al resto de los seres vivos cercanos, alzaron y torsionaron la cabeza en dirección a Juanjo. Ninguno daba crédito de lo que estaban viendo.

—¡Juanjo! ¡Estoy llamando a la policía! —la señora, cada vez más alarmada por las circunstancias, sacó su móvil y simuló hacer

una llamada, con la esperanza de que su marido cesara en la representación de tal grotesca escena.

—¡Soy una tetera!

Las personas que estaban sentadas tranquilamente cerca de ellos se habían alejado atemorizadas.

—Pero qué cojones... —musitó Jorge.

Desde la terraza de en frente, bastante menos sorprendido que los demás, Jorge, sacó su móvil para inmortalizar el escabroso suceso.

—No sé si debería subir esto a Insta —continuó Jorge—, igual me banean, o igual estamos ante el descubrimiento de un nuevo tipo de escultura humanista moderna. «La torsión anal».

—Estate quieto y no seas idiota —intervino Miriam mirándole fijamente—, no sabes si a esa persona le está dando un brote o si le ha pasado algo serio.

Subido a la mesa de la terraza, se descubría un hombre alto y delgado, Juanjo, de unos 54 años de edad. Juanjo mantenía una expresión de asombro, de incredulidad a pesar de estar actuando, aparentemente, por voluntad propia. Con los ojos como platos y la cara tensa entre gritos, Juanjo no atendía a razones.

Su mujer, pegando gritos de desesperación y con un lagrimeo abundante de incredulidad, le exigía que parara y se bajara de la mesa. El camarero de la terraza, con el móvil en la oreja estaba llamando de verdad a la policía. No se atrevía a intervenir. Juanjo era enorme y si de verdad le estaba dando un brote, perfectamente podía ponerse muy violento.

La alameda estaba completamente congelada. Nadie se movía. Nadie daba crédito a lo que estaba sucediendo. Nadie prestaba ayuda.

«Ya hará alguien algo», pensaba todo el mundo cual mente colmena.

Durante más tiempo del que cabría esperar, no se escucharon más ruidos que los gritos de Juanjo y los lloros de su mujer.

Juanjo estaba con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, de pie sobre la mesa, pero inclinado levemente hacia adelante.

Alzado su brazo izquierdo hacia lo alto pero doblado en forma de Z, como si de una figura egipcia plasmada en roca se tratara, simulaba ser la trompa de una tetera. Con su brazo derecho, dislocándose el hombro, torsionado hacia su espalda y con el antebrazo doblado hacia su lumbar, Juanjo se había introducido la mano derecha hasta la muñeca por el recto, simulando que ese brazo era el asa de la tetera.

—¡Soy una tetera! —continuaba gritando Juanjo, una y otra vez.

Ni cesaba en sus gritos ni cambiaba el discurso. Realmente simulaba ser una tetera.

Su mujer, derrumbada en el suelo tras ser completamente ignorada por Juanjo, se planteó por qué podía estar haciendo esto. Juanjo era una persona cariñosa, seria y atenta, con ella y con sus hijos. Nunca había vislumbrado ningún comportamiento extraño ni peculiar, ni muchísimo menos a estos niveles de locura. No entendía qué estaba pasando. No entendía por qué su compañero de vida de repente se había vuelto completamente loco, y la cuestión que más le estaba angustiando, por qué no paraba.

Las personas más cercanas en la alameda habían empezado a alejarse, asustadas, aunque otras muchas habían empezado a formar un cordón alrededor del espectáculo. Se limitaban a observar y a grabar desde la distancia.

Juanjo no paraba, y la policía no parecía que fuera a presentarse en breves.

Tras un incómodo y vergonzoso rato de lloros y reflexión desesperada, en la mujer algo hizo clic. No sabía que debía ni qué tenía que hacer y, además, nadie la ayudaba. Juanjo continuaba completamente estrambótico vociferando en medio de todos y con el puño introducido completamente en el ojete con tal fuerza que, si un dios fuera a servirse el té con él, el asa no habría cedido ni lo más mínimo.

Completamente angustiada, brotó el impulso más primigenio y básico arraigado a nuestro ser. A medida que se ponía en pie, su expresión cambiaba, su cara de desesperación se tornó en enfado, y posteriormente se convirtió en ira.

Levantó los brazos, y de tal empujón que le pegó a Juanjo y a la mesa, este salió volando contra el piso. 108 kilos de carne y hueso cayeron en plano contra el inquebrantable asfalto. Desafortunadamente Juanjo cayó de espaldas, fracturándose simultáneamente el antebrazo y la muñeca que simulaban ser el asa, de tal forma que parecía disponer de más articulaciones de las que un brazo suele tener, pero con el puño aun manteniendo su posición de fijación.

—¡Soy una tetera! ¡Soy una tete...!

Por suerte, el suelo paró la caída y del tremendo golpe que su cuerpo y nuca se habían propiciado contra el mismo, Juanjo perdió rápidamente la conciencia.

Tarde se dio cuenta la mujer de este hecho, pues no llegó a tiempo a reprimir el impulso de pegarle una patada en la cabeza. De haberlo conseguido no se la habría dado. Bueno, quien sabe dadas las circunstancias.

La rabia embriagadora le daba la fuerza y la energía más que de sobra para no parar de golpear ese engendro que tenía por marido durante días. Ese engendro ahora difuso en su memoria.

La policía estaba llegando, junto con una ambulancia. Se vieron en la necesidad de tranquilizar a la mujer, alejarla un poco e incentivarla a respirar. Los sanitarios, tras hacer un rápido examen de las constantes vitales y las posibilidades de transporte del señor, decidieron montarle en la ambulancia tal cual se lo habían encontrado, sin extraer la extremidad de su propio ano.

Vivir en una sociedad desarrollada e individualista como aquella tenía esos matices, cada uno era espectador pasivo de historias las cuales no le fueran hedónico inmiscuirse, y como tal, la circulación de viandantes se retomó y las personas continuaron en las terrazas cercanas como si de un espectáculo de circo se hubiera tratado.

Evidentemente el suceso sería comentado innumerables veces en cada red social y en cada canal de noticias. Pero como todo lo que nos importa porque nos debe importar, en breve se convertiría este escabroso suceso en meme y en comedia grotesca, achacando su responsabilidad a la locura o a cualquier otra obviedad.

—No me lo puedo creer —dijo Fergo pausadamente y con aliento congelado—. En mi vida había visto nada parecido.

—Ni tú ni nadie, es que vaya tela —contestó Miriam, que también se encontraba completamente patidifusa—. Me voy a ir a casa, del mal cuerpo que se me ha puesto solo quiero meterme en la cama, ponerme un capítulo de *Modern Family* y quitarme esta asquerosa imagen de la cabeza.

—Espera un momento, Miriam, me gustaría decirte algo antes de que te vayas —indicó Jorge rápidamente mientras Miriam se estaba levantando de la silla.

—Déjalo, no te molestes, me imagino lo que me vas a decir —aclaró Miriam mientras desataba su mochila de la silla—. No te lo voy a tener en cuenta por esta vez, pero espero que entiendas que, si tengo que pasar por alto alguna faltada más, por muy gracioso que os parezca a cualquiera de los dos, no habrá otra última oportunidad. ¿Me habéis entendido?

Miriam hablaba completamente seria, con la esperanza de que no hiciera falta dar más explicaciones, ni quería hacerlo ni tenía ganas.

—Lo entiendo, y lo siento mucho —asintió Jorge con cara de pena—. Te invito al té, tómatelo como una disculpa un tanto leve —Jorge sonrió suavemente como buscando un mínimo de aprobación.

Fergo guardó silencio y se limitó a asentir. La escena que acababa de presenciar también le había provocado tal mal cuerpo que perdió las ganas de hablar.

—Cuidaos, chicos, ya hablaremos y tened cuidado —se despidió Miriam una vez levantada y dispuesta a marchar—. No está el día como para tentar a vuestro dios de la probabilidad.